

Bco y Negro, 16-1-65

LIBRO DE LA CAZA MENOR, por Miguel Delibes.
Ediciones Destino. Barcelona, 1964.

El lector que sabe estimar a nuestros clásicos y gusta de solazarse con su lectura, recordará el delicioso sabor de vino añejo de gran calidad que deja el «Libro de caza de las aves», del canciller Pero López de Ayala, o escribió en la cárcel —como otras obras de infanzones principios de nuestras letras— y es una de las cosas maestras de los primitivos de la lengua española. Rezuma ingenuidad y cultura, amenidad y encanto; y aunque reduce y plagia un tratado del portugués Pero Menino, alonero de Fernando I de Portugal, lo que el alavés tiene de su cosecha acredita su originalidad, su ingenio, su directo conocimiento de la materia, su dominio de la prosa y hasta su pensamiento religioso, pues hay consideraciones teológicas y citas de la Escritura muy en consonancia con el ambiente de la época y con la piedad cristiana del escritor.

«El libro de la caza menor» lo debemos ahora, no a un gran personaje de la política, pero sí a uno de los mejores novelistas de la España actual. Y las páginas de Delibes tienen curiosas semejanzas con las del Canciller, semejanzas que no proceden de que se haya inspirado en él, sino de cierta coincidencia de temperamentos, de la común pasión y experiencia por la caza y de lo que uno otro reflejan de la sociedad y las costumbres de sus respectivas épocas.

Más aún: también Miguel Delibes repara en las ventas de la venación y la juzga en relación con el hombre; tampoco faltan en «El libro de la caza menor» reflexiones didácticas sobre el apasionante deporte, comenzando por lo que atañe a su propia naturaleza. He dicho apasionante por mi cuenta, pero al repasar los subrayados con que estropeo el libro para volver sobre sus mejores páginas, releo esto: «... la caza, más que una afición, es una pasión... crea en el hombre una segunda naturaleza; desborda, con frecuencia, su voluntad.» Esto es lo que viene a decir López de Ayala cuando habla del «gran placer» que algunos señores experimentan con las aves de cetrería. No importa que el «Libro de la caza de las aves» versé exclusivamente sobre la cetrería, en la que unas matan a otras, mientras el de la «Caza menor» trate de la codorniz y la perdiz, el conejo y la liebre, la tórtola, la paloma, el pato, el águila, el zorro, la avutarda, el sison, la chucha, el urogallo y otros.

Lo que el Canciller y lo que Delibes han visto por si mismos o cuentan de otros venadores, les dan, pese a las naturales desemejanzas, no pocos parecidos. Uno de ellos proviene de la profunda experiencia, de la amplísima ob-

servación y del arte para contar lo mucho que saben de

las costumbres de los animales, de su psicología, su estrategia y su táctica. Y cuando Delibes afirma que la caza de liebres realmente deportiva «y con perfil señorial y estético es la caza de galgos», uno se acuerda del elogio que Ayala consagra a la magnificencia como virtud, en el ejercicio de cazar aves, y a la nobleza, arte y ciencia que en él se descubren.

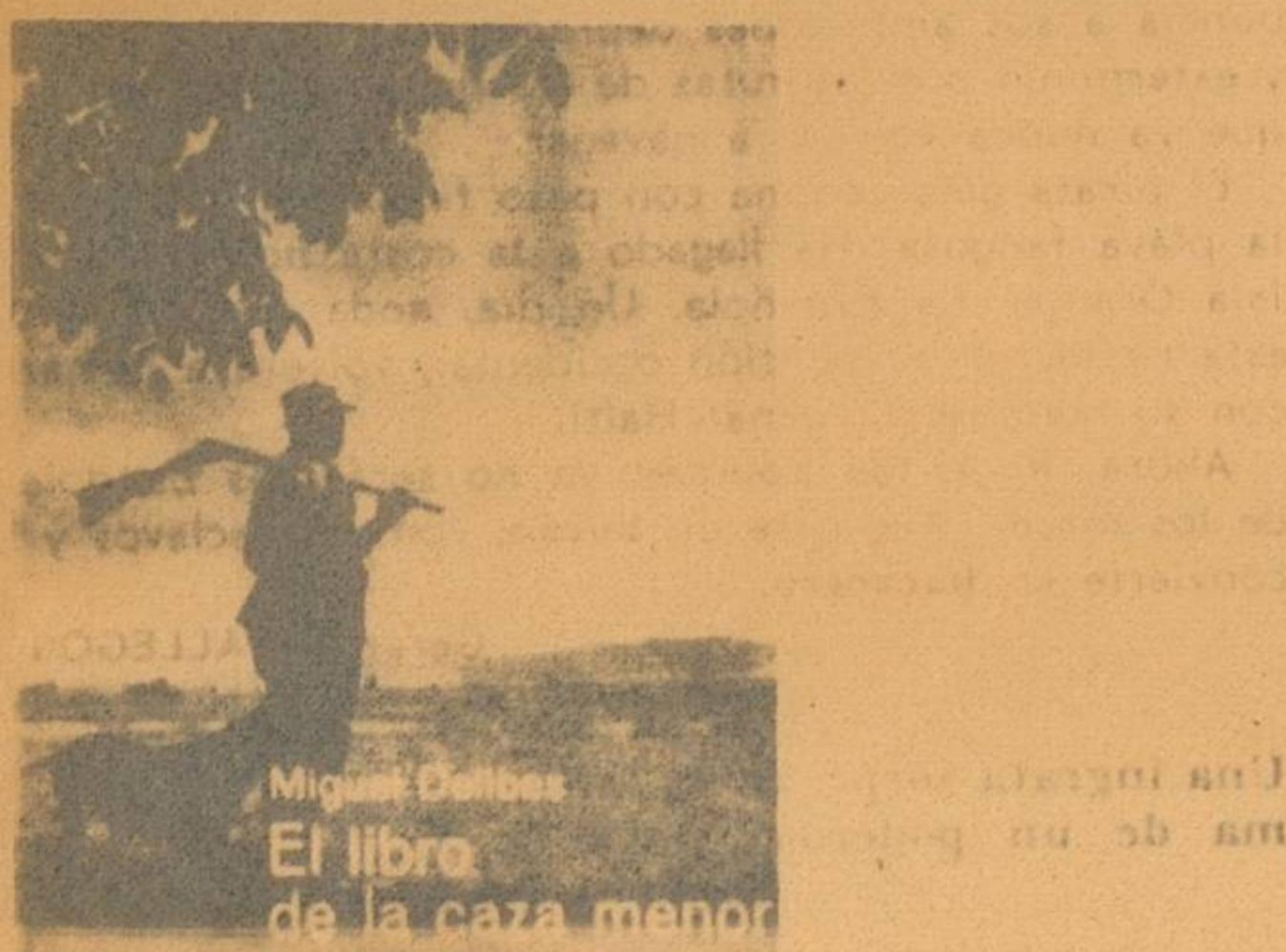
«El libro de la caza menor» es espléndidamente ameno y muy rico en datos, a menudo sorprendentes. Las transformaciones que la técnica está realizando, los asombrosos cambios operados en los hábitos de aves como la codorniz; los pronósticos y explicaciones de un cazador tan experto como Miguel Delibes, dueño además de vivacísima y airosoísima pluma, se apoderan de la curiosidad del aficionado con fuerza extraordinaria. Pero, de añadir el sociólogo, y hasta el político, tienen en estos garbosos capítulos bastantes cosas que aprender.

Y puesto que he establecido caprichosamente un paralelo entre Ayala y Delibes no renuncio tampoco a señalar algo que los separa y desune: el uno huye de las palabras feas y groseras, mientras que el otro se deja arrastrar por la corriente que hoy pone en circulación tacos y expresiones rudas, muy acordes, sin duda, con el habla de muchos cazadores. En cuanto a su argot, Delibes lo conoce y utiliza perfectamente.

Rusos, franceses, españoles —Tolstoy, Turgeniev, Daude, Emilia Pardo Bazán, por no citar sino los cuatro primeros nombres que vienen a mi memoria— han escrito páginas magníficas de literatura narrativa con argumento venatorio. El propio Delibes es autor de un libro agreste y a la vez delicado: «Diario de un cazador».

Pero ahora el narrador no inventa fábulas con cuadro de caza: se entrega a ella misma con la pluma y le dice un libro que queda incorporado por su propio peso —un peso que es más bien ingratitud— a la más sugestiva bibliografía española sobre el tema.

J. L. VAZQUEZ-DODERO



MD